

EL FRÍO ES PEQUEÑO

Elena Rodríguez Martínez

Profesora de Historia en diversos y variopintos institutos
 Primer premio relato *Al fondo a la derecha* en el concurso El Mas de la Casablanca en 2005.
 Publicación del relato poético *Si el norte fuera el sur* en la recopilación de varios autores del mismo nombre, en 2006.
 Publicación de la novela *El libro del sabor nuevo* en editorial Paréntesis en 2009.

LA NARANJA Y EL ESPECTADOR

Un asistente nos dio paso al teatro. Cruzamos una puerta con arco de medio punto y la primera sorpresa después de la larga espera fue para los pies. Miré abajo. Había una alfombra mullida, como recién nevada. Ocupé mi asiento junto a Luis, en la primera fila. Los músicos sostenían sus instrumentos y observaban como si fuesen a asistir a alguna representación protagonizada por el público. El primer violín hizo aparición. Realizó una señal con el arco y todos comenzaron a sonar en desacuerdo. Pasaron unos minutos hasta que consideraron finalizado el despropósito y recibieron al Director. En pie, con un silencio azul. Inclino la cabeza en forma de saludo, felicitándonos por nuestro buen gusto y entonces ocurrió.

Comencé a sentirme bien. Me deshice de toda la ropa hasta el límite de lo adecuado, aunque en aquel momento lo adecuado me parecía idiota. El abrigo, la bufanda, los recuerdos de toda la música que conocía, los zapatos. El aire era un papel arrugado y se transformaba poco a poco. Estaba allí. Beethoven salía de las cuerdas como hilos de araña que se tejían sobre nuestras cabezas. La novena.

El escenario se elevaba justo delante de mí. A la altura de los ojos se me ofrecía un bosque de piernas que accionaban los torsos dirigidos hacia los atriles. Mucho más arriba, la batuta del Director velaba por su entendimiento tirando de cada hebra, deshaciendo los nudos de la tela. La violinista que hubiese sido mi tejado en una casa hecha de músicos, se abría paso en aquel collage de seda y papel utilizando el cuello, los codos. El corazón. Disfrutaba como yo nunca lo he hecho en público.

Entonces llegamos al final del primer *movimiento* y ninguno supimos que hacer. Sintiendo que íbamos a sentirnos solos. Pero ella no. Miró brevemente hacia uno de los palcos, y tomó un gajo de naranja que escondía bajo la partitura. Alguien la estaba amando en ese instante, y estaba allí.

Yo no pude distinguir a nadie en el público que la correspondiese, pero en cada silencio volví a presenciar el ritual. Volvió a sonrojarse y sonreír. Estaba allí.

CAZAR VENADOS YA CAZADOS

George quería salir a pasear. Siempre quería. Y yo sabía que no habría forma de convencerle de lo contrario, así que levanté mi viejo cuerpo, bostecé como si pretendiese tragarme la habitación entera y le seguí. Ninguno de los dos estábamos ya para muchos esfuerzos, el médico se lo había advertido, y sin embargo erre que erre con el paseíto todos los santos días. ¿Y yo qué podía hacer sino reunir todas mis energías y cojear junto a él lo más dignamente posible? Nuestra amistad duraba ya muchos años y, en fin, si lo dejaba salir sólo, quién sabía qué podría pasarle.

Salimos para confirmar que, al igual que el día anterior, hacía frío. Yo temblaba. George decía con su ridículo acento británico, *es un placer el sol en invierno*, y yo pensaba, *un placer es sentarse en la copa y echarle romero. Esto es una mierda, eso es lo que es*. Todos los días igual.

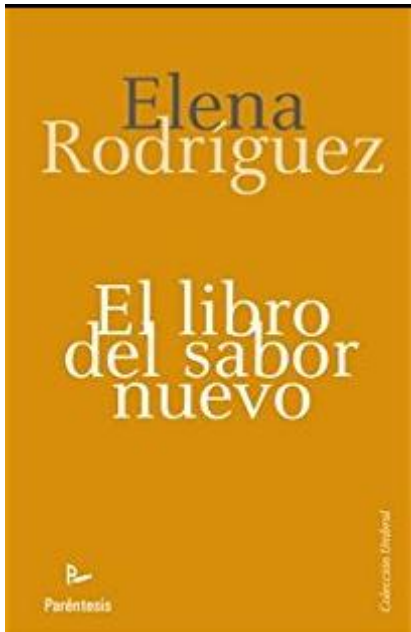
Pero entonces sucedió algo, y fue tan rápido que hubo un boom en mi interior. Una señora salía de la farmacia. La miré con indiferencia. Conocía el ritual. Ella le saludaría, como se hace por aquí, él la observaría durante un momento sin saber qué hacer. Como si fuera muy difícil comprender que lo adecuado es que a un saludo le siga otro saludo. George no lo entendía, *¿has visto? Pero si no la conozco de nada...* y ¡boom! Justo al cruzarse nuestros caminos, en mitad del paso de cebra. Allí, balanceándose junto a su cadera una pieza de colección. Mis instintos de cazador renacieron. Una lechuza de unos cuatro kilos, con sus enormes ojos amarillos abiertos de par en par. En otros tiempos me habría ganado un buen hueso por un hallazgo como ese.

Cuando quise darme cuenta ya había comenzado la persecución. Esquivó el primer envite y voló despeinando ligeramente a la saludadora. George tiraba de mí, los gritos me rodeaban, pero yo había fijado toda la atención en mi presa y ya nada podría pararme. En realidad, algo me detuvo. Los brazos de George. Le gruñí porque se lo merecía. Yo nunca le habría humillado así. Y delante de una dama.

Pero lo peor vino inmediatamente después. De la cabeza de la dichosa (yo no dije dichosa y aprovecho para denunciar que este relato ha sido censurado) lechuza salían dos asas, y sobre estas se cerraban con fuerza los dedos de la dama. Fue muy desagradable. El bolso se alejó balanceándose mientras la cremallera me lanzaba una sonrisa cruel. Aún agacho el rabo cuando lo recuerdo, y es que a todos nos sorprende descubrir que, a veces, a menudo, a diestro y siniestro, incluso a cielo abierto, podemos ser idiotas.

AZORALA

La hierba me llegaba hasta las pantorrillas. Delgada y brillante, de ese amarillo que viste los prados en verano. El aire era fresco e invitaba a pasear, cosa que me disponía a hacer. Parecía un día magnífico para disfrutar, amarillo y azul, desde luego inofensivo. Había salido hacía una hora más o menos de *Azorala*, la pequeña casa rural que Manuel había insistido en enseñarme.



Avanzaba por un camino que cruzaba el paisaje describiendo una línea imprecisa y nada alcanzaban ya mis ojos que no fuese libertad, aire y bienestar. Nada no. Alcancé de pronto a ver algo en el horizonte. Era sólo un puntito negro que vibraba, como un hormiguero. Pero ¿Cómo podía ver un hormiguero desde tanta distancia? Tendría que haberme tomado un momento para responder aquella pregunta, pero no lo hice. Simplemente continué con mi paseo rumbo al hormiguero gigante, sin que mediara decisión consciente.

A medida que me acercaba el puntito se ensanchaba convirtiéndose en una suerte de fila. Esto reforzaba la teoría del hormiguero gigante, pero tan segura me sentía, que no me detuve. Fue la felicidad la que me impidió intuir el peligro. Tampoco ayudó mi juventud. Eso creo. Aún bastante lejos, comencé a distinguir un murmullo cuyo volumen iba aumentando con mis pasos. Era, más bien, clamor, como un estruendo en la distancia.

Calculé cuánto tardaría en alcanzar la misteriosa línea negra, María y Manuel me esperaban para comer. Un poco más. Sólo unos metros más. El movimiento se hacía más claro y se diferenciaban unas manchas de otras, dirigiéndose a izquierda y derecha. El sonido era agudo y provocaba inquietud, pero me pudo la curiosidad. Las briznas de hierba llegaban a mis dedos a través de las sandalias y me hacían cosquillas. Era un lugar maravilloso, todo lo que encontraba era agradable, y quería verlo de cerca.

La copa de una encina asomaba detrás de la sombra horizontal. Entonces sí me detuve. ¿Qué era aquello, que cubría un árbol hasta las últimas ramas? Parecían figuras humanas. Muchas, y corrían. No entendía semejante urgencia en medio del campo. Y tanta oscuridad bajo aquel espléndido sol. Pensé en un primer momento que el ruido lo provocaba aquel ajeteo, pero si fijaba mi vista hacia otra parte y escuchaba, me parecía más sonido de máquinas, de atasco de coches.

Subí un leve desnivel en el terreno y descubrí con asombro que aquella inexplicable concentración de actividad llegaba como un río desde lejos, rodeaba el árbol solitario, y se deslizaba hasta el horizonte. Desde allí no se distinguía ni principio ni fin.

Me detuve a unos cincuenta metros jadeando por el ejercicio de subir la pendiente. Abrigos. Llevaban abrigos. De forma instintiva posé las manos sobre mi vientre, donde el embarazo resultaba ya evidente. Apenas iba cubierta con un vestido que la brisa separaba constantemente de mi cuerpo, y estaba sudando. Pero ellos, corriendo como locos de un lado para otro, tenían frío. Había dado por sentado que la oscuridad provenía de la sombra de la encina, pero no era así. El misterioso sendero era pura negrura. De cabo a rabo.

Aquella visión era una interrupción intolerable de mi paraíso de junio. Sentí que me dolía el estómago y decidí regresar. Pero bajando la cuesta eché un último vistazo y, de reojo, vi una acera. Como las de las ciudades y los pueblos. De alguna forma ese dato daba algo de sentido a aquellas personas que más eran transeúntes que se dirigen a la oficina, que excursionistas. Pero si ellos encajaban mejor, yo me salía del cuadro. Miré al suelo para comprobar que tenía los pies donde los había dejado. Tierra.

Estaban a pocos metros, abrigados y ocupados, caminando por la acera, en medio de una atmósfera ruidosa y triste en la que estaban ausentes todos los colores. Si respiraban, era aire de otro lugar. El dulce y cálido que movía las hojas de la encina, ese no les alcanzaba. Sin darme cuenta me fui acercando de nuevo. Había hombres y mujeres. Iban solos, no veía a nadie hablar con nadie, ni cruzar una mirada. No había manos entrelazadas. Podía sentir la soledad de la velocidad.

Corrí todo lo que pude y después caminé hasta la casa. Hasta Manuel. Le conté lo que había visto y me miró muy serio con sus ojos negros.

- *Quiero creerte pero no entiendo que haya gente con abrigos bajo este sol, ni por qué te da tanto miedo una acera. Quizá hayas llegado al pueblo sin darte cuenta.*

María me miraba desde su pequeño triciclo. Me pareció que ella veía en mí el reflejo de lo que había presenciado, porque se asustó.

Yo no quería dejarme vencer por una visión, ni que Manuel pensara que estaba loca, ni que unas personas fuera de lugar convirtiesen mi refugio idílico en un sitio en el que me daba miedo alejarme de la casa.

- *Te lo enseñaré. Iremos esta tarde.*

- *De acuerdo,* respondió, sólo por complacerme.

Estaba donde lo dejé. La acera y la procesión descolocada. María agarraba firmemente la mano de Manuel. No tanto porque este gesto pudiese librarla del peligro que intuía, sino para estar segura de que compartirían destino. Manuel, sin embargo, sonreía tranquilo.

- *Vaya, es alucinante. Vamos a hablar con ellos... aunque puede que sean extranjeros.*

Nos acercamos hasta que tuvimos que gritar para intentar hacernos oír por encima del sonido a claxon, multitud y prisa. Estábamos casi rozando la acera pero seguíamos sin sentir el frío que hubiese justificado la presencia de las prendas de lana.

- *¡Buenas tardes, ¿me entiende?! Dijo Manuel dirigiéndose a un caballero que daba grandes zancadas envuelto en un abrigo largo y gris.*

No le respondió. Ni siquiera le miró, y en un momento estuvo demasiado lejos para volver a intentarlo. Me quedé desconcertada. Podía aceptar que no

hablase español, pero que no nos oyese era inverosímil. Hasta un sordo habría girado la cabeza. Me di cuenta de que aquel fenómeno siniestro estaba haciendo su efecto también en Manuel que, viendo alejarse al caballero, cogió a María en brazos.

Era una niña preciosa. A veces con los ojos abiertos, perdía la visión del presente, y me recreaba en la idea de que mi hija y ella serían hermanas. En cierta manera este hecho confirmaría que era algo mío. Me arrepentí de haberlos llevado allí. La pequeña se había asustado.

Di un paso atrás y llamé a voces a Manuel, pero no me oía. Parecía que el tráfico invisible se había intensificado. Adelanté el brazo para tocarle el hombro justo cuando él hacía lo mismo para llamar la atención de una anciana que avanzaba penosamente cargada con una maleta de piel.

Él la alcanzó primero. Yo no llegué a tocarle. Los vi tornarse transparentes y dar el último paso hacia la acera. El único color que existía allí, les atravesó. Grité, pero no se volvieron. Lloré y el vómito fue inmediato.

Me recuperé como pude e intenté seguirlos. Caminaban al mismo tiempo, pero ya no iban juntos. Era una niña perdida y tiritaba. María. Manuel se había olvidado de ella. Y de mí. Y de nuestra futura hija. Durante horas les seguí, hasta que de pronto, giraron a la izquierda y desaparecieron.

Sentada sobre la hierba intentaba pensar. ¿Qué estaba pasando? Dado que nada tenía sentido, tal vez sólo con esperar, mi cabeza se reorientase hacia la realidad. Pero mi cabeza estaba bien. A los pocos minutos volvieron a aparecer y se dirigieron de nuevo hacia la encina. Se habían cambiado de ropa. Él llevaba un abrigo demasiado pequeño, pero no lo suficiente para María. Ella llevaba uno demasiado grande, pero no lo suficiente para su padre. Yo sudaba y el sol se despedía de un día muy largo.

No sé cuánto tiempo transcurrió, pero estaba agotada cuando alcancé de nuevo el árbol del cual sólo había podido ver las últimas ramas. Manuel y María, me habían guiado de nuevo hasta aquel punto. Supuse, porque a lo largo de la noche había comenzado a imaginar normas para un mundo en el que tuviéramos sentido, que era el lugar donde regresarían a mí. Pero al llegar, volvieron a desaparecer, y esta vez no regresaron.

Me había desplomado y era incapaz de levantarme. Vi llegar a un señor con uniforme de policía. No era habitual que hubiese policía tan lejos de la ciudad, pero me dio igual.

- *Buenos días, señora. ¿Qué hace aquí tan temprano? ¿Se encuentra usted bien?* Me preguntó.

- *Ohh señor no me va a creer...* y sollozando le conté todo lo que ni yo misma estaba segura de haber presenciado.

- *Ya veo.* Me contestó, *sus amigos no debieron acercarse tanto.*

- *No entiendo, ¿acercarse a qué, agente?* Me di cuenta de que no se había asombrado en absoluto. Es más, había creído cada palabra de mi historia. Quise huir, pero fue tarde.

Me lanzó contra dos chicas que pasaban por la acera. Fue muy violento y rápido. Por un segundo un frío insólito me invadió, mi cuerpo se volvió de cristal y atravesé volando una calle que me recordó a Rusia, donde nunca había

estado. Aterrícé cuando los dedos empezaban a dolerme de frío.

Temí por mi hija al sentir aquella fuerte sacudida. Levanté la vista desde el suelo que, curiosamente, seguía estando compuesto de hierba y bichos. Lo que faltaba de la acera me rodeaba. La ciudad bajo cero. Había edificios altos y estrechos apretujados unos contra otros delimitando la isleta donde me encontraba. Detrás de mí circulaban vehículos muy diversos, en los que viajaba únicamente el conductor. Los veía gesticular nerviosos y apretar las manos sobre el claxon, pero lo único que podía oír era nada. No había sonidos de ningún tipo, excepto los que producía el trocito de prado alrededor del que giraban. Sobre mí el cielo era azul, hacía calor y dos hormigas luchaban por escalar mi pierna.

Vi a María. Caminaba junto a Manuel y llevaba una mochila de escuela. Los dos me miraron extrañados al pasar, pero no me reconocieron. Se encogieron de hombros y continuaron su camino. Nunca había sentido un dolor tan profundo. Los había perdido.

Me encogí sin fuerzas al ver aparecer de nuevo al policía.

- *Usted aún puede regresar. Esto es lo que pasa cuando un lugar es dos lugares.*

De un empujón me devolvió al otro lado.

Recogí mi ropa y me despedí de *Azorala* para siempre.

Mi hija, Luisa, nació sana. No conoció a su hermana, ni a Manuel.

El resto de mi vida fue, con mucho, la más normal de todas las que conocí.

EL GATO

Acababa de llegar del colegio, tenía entonces nueve años, y me dispuse a recorrer la casa en busca de Mamá, Papá, el abuelo Renato, el abuelo Kevin, la tía Rosa, los primos y los hermanos. Normalmente, ya desde lejos, podía ver a los varones de la familia sentados en la entrada recortados sobre la fachada azul del edificio. Pero no aquel día. Todos estaban dentro.

Subí los tres escalones de madera que separaban la puerta del barro de la calle y entré. En aquel momento ocurrió algo que mi mente infantil había imaginado muchas veces. Por las tardes, antes de que el primo Héctor consiguiese la televisión (era muy fuerte y la trajo él solo), me tumbaba boca arriba en el sofá y dejaba colgar la cabeza para verlo todo al revés. Pero estaba segura de que aquel día no estaba en el sofá y mi cabeza no colgaba de ningún sitio.

Mis pies se posaron en el techo del salón. Hacía una semana que había perdido mi chancla izquierda, pero mi piel era dura y se me había olvidado. La bombilla se erguía en medio de la habitación como un globo de helio, igual que la de la habitación de los abuelos. Se sostenían sobre sus cables como arbolitos recién plantados. Miré hacia arriba. El sofá, la televisión y la caja sobre la que estaba apoyada quedaban fuera de mi alcance, en el suelo. Justo donde siempre habían estado. Observé las losetas desgastadas y desiguales, me resultaba raro andar sobre la pintura del techo, tan blanca. Pensé que el techo era mucho mejor suelo que el suelo.

Allí pasábamos las tardes los más pequeños, enredados en juegos continuamente interrumpidos por los encargos de Mamá. *Escurre la ropa. Amase.* Y persiguiendo a mi hermano Tomasito, que tenía más de un año y estaba a mi cuidado. Lo más importante era que ni él, ni ninguno pusiésemos un pie en la calle. En esto y en la obligación de ir a la escuela, Papá era inflexible, como pudo comprobar mi hermano John un día que se escapó. Le dio una paliza y lo dejó sin mijo. Los demás niños del barrio prácticamente vivían fuera, y no entendíamos a qué venía aquella reclusión. Nos llamaban *los blanquitos* porque no nos daba el sol.

Caminé por el techo a lo largo del estrecho pasillo que conducía a las habitaciones. Se veían muy graciosas las fotografías de revistas con que la tía Rosa lo había decorado. Todos los personajes cabeza abajo, daba la impresión de que querían decirme algo al oído. Las habitaciones las habían construido Papá y los hermanos, con ladrillos y cemento recogido de por ahí. Encontré a casi todos rodeando la cama del abuelo Kevin —él nunca se levantaba—. Era un hombre muy religioso y muchas tardes dirigía la oración familiar con su rosario. Mamá se reía de él porque los rosarios era cosa de mujeres, pero aún así, por una vez se había arrodillado.

Sus cabellos colgaban hacia mí. Ninguno dio signos de haberme visto, así que me escabullí para no rezar. En la otra habitación, en la que Papá encerró a John cuando se escapó, encontré a Tomasito. Parecía haber descubierto una nueva utilidad para la capacidad de caminar. Podía perseguir y martirizar a Azulete, nuestro gato. Llegó a casa el día que pintamos la fachada y recibió, accidentalmente según aseguraron mis primos, varios brochazos a los que debía su nombre.

Me senté un instante a verlos jugar (o luchar) en una viga que de pronto se había convertido en poyete, pero pronto el juego se volvió peligroso para Azulete. Un reloj de Coca Cola marcaba las tres en punto (las seis desde mi punto de vista) en la mesita de mis padres. Me puse de puntillas sobre mi asiento improvisado y alargué los brazos todo lo que pude. Entonces el animal me vio y de un saltito se colocó en mi regazo.

Dejé a Tomasito y me apoyé en el umbral de la puerta trasera. Daba al callejón donde los vecinos habían construido un baño colectivo, con cloaca y grifo. Papá decía que el que cruzara aquella puerta sin su permiso se quedaría castigado para siempre. Al parecer el peligro que nos acechaba en el exterior era diferente para cada uno. Para los chicos era la droga. Para las chicas eran los chicos.

Cuando le pregunté por qué hacía convivir a sus hijas con seres tan poco fiables, me aseguró que ellos no eran hombres, sino sólo hermanos o primos. Pero yo sabía, porque mi amiga Amelia me lo había contado, que hasta los padres y los abuelos podían ser hombres, en otras casas.

Acaricié a Azulete y atravesé la puerta. Pensé que aquella norma ya no era tan inquebrantable si la casa estaba del revés.

Todo se desplomó. Un huracán volcó mi mundo y aplastó a mi familia. Había pasado junto a Tomasito, había visto a todos rezando, y salvé al gato. Intenten vivir con eso.